

## SOLEDADES Y MULTITUDES

La exposición propone una dicotomía, enfrentando soledades a multitudes.

Por una parte, nos encontramos con quien está físicamente en soledad, ya fuere por voluntad propia o porque así lo dispuso el destino. Situación que no es precisamente la misma que sentirse solo a pesar de estar rodeado de gente.

En los casos de soledad física, la misma se impone, implacable, y lo único que nos cabe es decidir cómo vivirla. Puede ser tomada como una oportunidad de estar consigo mismo, de tener tiempo y espacio para reflexionar acerca del sentido de nuestra vida, preguntándonos de dónde venimos y hacia dónde vamos.

O por el contrario, la soledad puede ser motivo de congoja, frustración y sufrimiento. Hay quienes ni siquiera la enfrentan, escapando a la misma por la vía de tener permanentemente prendida la radio o la televisión.

En la otra punta del espectro, al menos desde un punto de vista gráfico, están las multitudes. Visualmente contrasta el individuo solo, con los grandes grupos de personas. Lo curioso es que, de alguna manera, en las multitudes las personas abandonan su individualidad para sumergirse en la masa.

Enseña Liz Greene ("Relaciones Humanas", 1999) que, en la multitud motivada por un estímulo emocional único, ya no hay individuos, sino un único organismo, movido por una sola emoción dominante que busca expresarse (muchas veces violentamente) antes de que sea posible recuperar las individualidades.

La necesidad de este tipo de desintegración de la conciencia individual existe en todas las personas, y es algo sumamente contagioso. Basta con ir a un partido de fútbol para constatarlo. Por un momento, apagamos los mecanismos que nos permiten discernir y tomar decisiones acerca de cómo actuar. Nos liberamos de ese enorme peso, y dejamos que las decisiones vengan de fuera, no de nuestro fuero interno.

En las multitudes, no estamos solos, pero tampoco estamos propiamente con otros. No existe el intercambio de ideas que caracteriza a una reunión de individuos pensantes. De hecho, dejamos de pensar y hacemos lo que hace el grupo. Con lo cual, integrando la multitud terminamos situándonos en una suerte de soledad: el individuo que está formando la masa, no expresa su individualidad, sino que la pierde.

